



La Novela Fox

Publicación semanal de los argumentos
de las películas de la marca «FOX»

Ediciones BISTAGNE : Pasaje Paz, 10 bis.

Barcelona

Tel. 18551

Año II

N.º 27

RED WINE 1928

VINO TINTO

Divertida comedia, interpretada por

JUNE COLLYER

y

CONRAD NAGEL



SUPERPRODUCCIÓN «FOX»

Exclusiva de

Hispano Foxfilms, S. A. E.

Valencia, 280 - Barcelona

VINO TINTO

Argumento de la Película

Todos los días a las 7'26 el señor Charles Davis saltaba de la cama.

A las 7'30, el señor Davis se afeitaba. Los lunes, martes y sábados se daba un corte en el mentón.

Su esposa le curaba entonces la pequeña herida...

A las 7'40, el señor Davis tomaba el desayuno, cuyo fuerte era un par de huevos cocidos durante dos minutos y dieciocho segundos.

En inmediatamente después marchaba a la oficina.

Era más exacto que un reloj... Alguien había dicho de él que era uno de los hombres que formaban la espina dorsal de la nación.

Era un tipo aburguesado, ordenancista, metódico, un verdadero espíritu de comer-

ciante. Su existencia se deslizaba de un modo tranquilo repartiéndola a horas ya calculadas entre su oficina y su hogar.

Carecía de vicios aun de los más pequeños. Su único amor era su mujer, sus únicos ideales los de hacer prosperar su oficina, su única diversión algún paseo los domingos o una función de teatro el sábado por la noche.

Era joven, pero no lo parecía. Descuidado en el vestir, siempre pasado de moda, aparentaba mucha más edad. Además, llevaba un grueso bigote que acababa de envejecer sus facciones.

Aquella mañana, como todas las de su vida, a las ocho en punto llegó al despacho.

Saludó severamente a las empleadas, hermosas mecanógrafas y taquígrafas, en cuyas gracias no había reparado jamás, ya que lo que le interesaba de ellas era sencillamente su trabajo.

Llamó a Mary, su secretaria, y le dictó varias cartas...

Se vio interrumpido por la presencia de Julio, un amigo suyo, solterón ya entrado en años y gran calavera.

Salió la joven y Julio la fué devorando con los ojos.

—¿En dónde encontraste tal preciosidad? —preguntó.

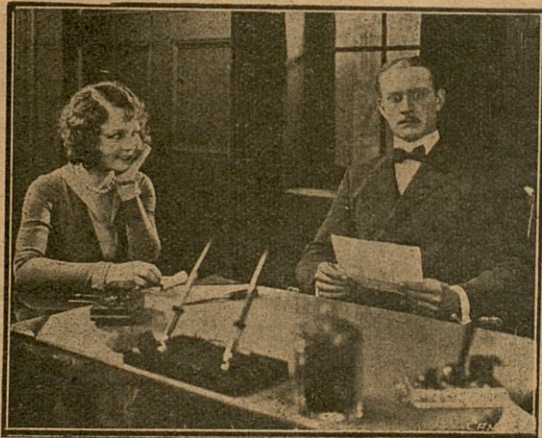
—En el diario. Pero para mí su belleza es lo de menos—dijo Charles.

—¡Pues, chico, es una criatura estupenda! Sonrió Charles, con el gesto del hombre que está lejos de todas estas cosas.

—¡Vamos, no te hagas el desentendido!... Eres uno de esos temibles Don Juanes, mudos y diabólicos.

—¡Oh, no, nada de eso!

—Pues estás privándote de lo mejor que hay en la vida... Lo que te hace falta es un



... y le dictó varias cartas...

sorbo del vino tinto que la vida brinda.

—¡Tonterías!...

—¡Qué tonterías ni que rábanos! ¡Hay que distraerse, hombre!... Tú eres joven, tienes escasamente treinta años y pareces un anacoreta envejecido... Tómate al menos una noche de vacación... Esta noche damos una fiesta en el Club Exótico... una maravilla de Club... Ven... y trae contigo a tu nueva secretaria.

—¡Oh, no!...

—Yo me encargaré de invitarla.

—¡No puedo ir!... Si mi mujer se enterara...

—¡Déjate de niñadas! El matrimonio no es tan divertido como cuentan...

—¡Solterón!...

—No olvides que sólo se es joven una vez...

Despidióse de su amigo y se dirigió al contiguo despacho de Mary.

Esta criatura, que era una verdadera exquisitez, aceptó inmediatamente la invitación de Julio.

Se verían en la fiesta del Club Exótico... Ella deseaba vivir en ambientes de lujo y de tentación.

Las palabras de Julio habían causado verdadera impresión en el ánimo de Charles.

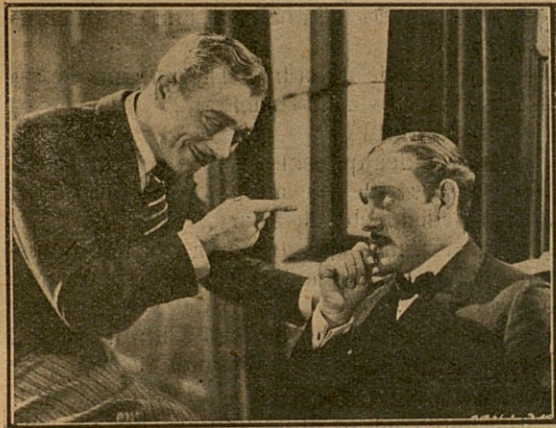
Obsesionado por una idea escribió sobre

la carpeta secante.

Sólo se es joven una vez...

Era verdad. Estaba viviendo una vida como si tuviera sesenta años, desprovista de toda clase de emociones, esclavo del dinero y del ahorro. ¿Por qué no echar de vez en cuando, una sola vez al menos, una cana al aire?

Llamó de nuevo a Mary para acabar de dictarle la correspondencia. Y mientras lo hacía, se iba fijando en lo bonita que era la



—El matrimonio no es tan divertido como cuentan...

secretaria y en su cuerpo juncal, y en sus medias de seda que ella dejaba al descubierto... cabalgando una sobre la otra.

En una de aquellas rápidas ojeadas, le sorprendió Mary y, comprendiendo, sonrió levemente... Luego leyó en la cartera de sobremesa lo que había trazado la pluma nerviosa de Charles.

Sólo se es joven una vez.

Mordióse los labios para no estallar en risa viendo la impresión que ella causaba a aquel caballero severo y enérgico.

Acabada la correspondencia, Mary retiróse a su despacho...

Al salir Mary dejó la puerta abierta. Desde su mesa, Charles pudo contemplar a hurtadillas a la secretaria y volvió a admirar, causándole una extraña impresión, las piernas apetitosas de la joven.

Llamaron al teléfono.

Era su mujer que le hablaba suavemente de un importante asunto del hogar.

—¡Figúrate!... La lavandera ha extraviado una de tus camisas y...

—¡Ah... muy bien... muy bien!...

Y, distraído, mientras telefoneaba tenía los ojos clavados en Mary, cuya belleza iba perturbándole de mala manera.

—¡Pero, Charles!—dijo la voz algo altera-

da de su esposa—. Cualquiera diría que estás pensando en otra cosa...

—¡Oh, nada de esto!... Si.. la lavandera.

Dejó el aparato y corrió a cerrar la puerta. Por fin el peligro no estaba ya a la vista. Y consiguió telefonar tranquilamente con su mujer.

Más tarde volvió a importunarle una extraña melancolía. Sus ojos se fijaron en la frase escrita en la cartera...

Tenía razón su amigo... ¿Era lógico pasar la vida de esta manera sin darla compensaciones, sin adornarla con un poco de juventud, sin hacerla más agradable?

Por muy larga que sea la vida, siempre es corta la juventud... ¿Y se conformaría él en parecer viejo antes de serlo?

¡Oh, no!

Estaba decidido a renovarse. Una bromita, alguna salida de noche, eso sí, todo en plan discreto, sin ofender a su mujer que era su verdadera ilusión... Pero, una cosa no quitaba la otra... y había que hacerlo de una vez.

Aquella tarde antes de volver a la oficina, se dirigió a comprar tabaco egipcio, elegante, de los que fuma la gente rica...

Después dirigióse a una sastrería. Adquirió un traje encantador; americana y chaleco negro, pantalón blanco, sombrero de jipi..

Iba a restaurar por entero su figura... Ya nadie le diría más que parecía un anciano.

Fué a una peluquería. Esto es lo que le costó más trabajo, pues era una cosa que ya no podría subsanar si luego no le gustaba. Sacarse el bigote.

No vaciló más... Y media hora después salía de la tienda, recién afeitadito y perfumado como un muchacho que va a una cita de amor.

¡Vaya si parecía más joven... pero mucho más!

¡Qué sorpresa tan agradable tendría su mujer y cuantos le conocían! Al mirarse en el espejo le pareció volver a muchos años atrás.

Sí, estaba contento de lo que acababa de realizar... No había de matar la juventud antes de tiempo.

* * *

Al entrar de nuevo en su despacho, las empleadas le contemplaron con asombro.

Dudaron si era él... Tan cambiado estaba... Y al convencerse de esta realidad, no pudieron menos de hacer entre sí comentarios sabrosos...

¡Mi madre, cómo estaba el mundo!

Contento de la impresión estupenda que

había causado, Charles entró en su despacho.

Cerca de la puerta escuchó los comentarios que hacían dos mecanógrafas.

—¿Pero habéis visto?

—¡La carabal!... ¿A qué mujer se deberá el milagro? Con sólo afeitarse el bigote se ha quitado quince años de encima.

—No hay duda que está interesante...

Charles ante aquella ratificación del éxito, no pudo menos de sonreír triunfalmente.

¡Cuánta razón tenía su amigo Julio!...

Miró su viejo sillón al que convenía también remozarse como había hecho Charles con su persona y dijo:

—¿Has oído, viejo fósil, lo que dijeron?... Estoy muy contento...

Llamó a Mary y ésta se presentó seguidamente con su block de notas en la mano.

Quedó asombrada al contemplar el cambio experimentado por su principal. Pero, ¿realmente era aquél el anticuado señor Charles, anticuado como un vejestorio?

Sentóse con alegre timidez y él la dictó una carta...

Audaz, Charles examinó las piernas de la muchacho, pero, ¡qué mala estrella!, aquella tarde llevaba una falda bastante larga que privaba toda tentación.

Mirando luego sus ojos, le dijo:

—¡Está usted, adorable, Mary!

—¡Oh, muchas gracias, señor!... Usted está también muy... muy bien.

—¿Me encuentra mejor sin bigote?

—¡Ya lo creo! Parece usted un príncipe encantador.

—¡Gracias!

Pero recordando de pronto que era preciso conservar la autoridad, enmudeció su sonrisa y acabó de dictar las cartas del día.

Horas después se presentó Julio quien quedó estupefacto ante la transformación de su amigo.

—¡Es admirable, querido!... No sé cómo has podido sacar tanto partido de ti mismo. te lo confieso. Estás sencillamente colosal.

—Sigo tus consejos.

—En la fiesta de esta noche harás furor.

—Con tal de que no se entere mi mujer.

—Busca cualquier excusa... Y no te olvides de venir ¿eh? A las ocho en el Club Exótico...

—¡No faltaré!

Y aquella noche cuando Charles regresó a su casa lo hizo con el corazón un poco encogido pensando en lo que diría su mujer al verle convertido en una especie de Petronio.

Ella le contempló con inmensa sorpresa.

—¡Cómo! ¡Charles Dickens Davis!—dijo

abrazándole.

—¿Qué te parezco?

—¡Qué elegante, Dios mío... y qué joven! Pero ¿por qué?

—Verás... Tengo que salir de la ciudad para un asunto de negocios... y pensé que estaría bien verme joven y vigoroso... ¿No te has enfadado, amor mío?

—¡Y qué me he de disgustar, si al hacerte tú joven, me haces también a mí!... Has tenido una gran idea, Charles... ¡Con qué orgullo pasearé ahora a tu lado los domingos!

Sintió el marido un poco de remordimiento. Si ella supiera que se había puesto tan elegante para asistir a una juerga...

Una vez... una sola vez en la vida... para ver cómo era aquello... Después, a ser él buen marido, cosido eternamente a las faldas de la esposa.

* * *

Y la cena en el Club Exótico fué de esas cosas que no se olvidan nunca.

Era una sociedad de gente rica, millonarios que iban acompañados de un plantel de mujeres bellísimas... y ligeritas de ropa y de cascos.

Desde el momento en que Charles entró en el Club, se contagió el ambiente de

alegría que allí reinaba... y las músicas, el vino y el baile le aturdieron por completo.

Julio se encargó de presentarle a varias muchachas, y Charles, dispuesto a tirar aquel día la casa por la ventana, comenzó a coquetear con una de ellas, una morenaza de ojos asesinos...

Bailó con ella, comieron juntos... se besaron... Un día es un día...

Las libaciones eran frecuentes.

Llegó Mary, la secretaria de Charles, muchachita libre que amaba la vida de ostentación.

Nuestro hombre se sintió un poco avergonzado por lo que estaba haciendo, pareciéndole que iba a perder todo su prestigio ante la secretaria, pero acabó por adaptarse a la situación y convidar a beber a Mary y bromear ardientemente con ella.

—¡Hay que vivir, querido!—le decía Julio—. ¡Hay que demostrar que se es un hombre... y no un viejo caduco como hasta ahora!

—No digas esas cosas. ¡Yo soy joven... muy joven... ja... ja... ja!...

El vino comenzaba a hacer de las suyas y su cabeza se aturdió...

De pronto irrumpieron en la sala unas bailarinas de Hawái danzando bailes de su país.

Una de ellas acercándose a las mesas vió

a Charles que le hacía un guiño.

Ella contestó con toda malicia...

Charles estaba cometiendo locuras. Llamó a la de Hawai y poniéndole unos billetes en la mano, le dijo:

—¿Quieres venir conmigo después de la fiesta?

—Sí...

Y volvió a alejarse entre el ritmo de la danza voluptuosa.

Después danzó una japonesita y Charles la llamó también con un ansia de acaparar toda clase de mujeres.

—¿Nos veremos después de la fiesta?—le dijo.

—Perfectamente...

Le dió unos billetes.

La morenaza estaba disgustada por las proposiciones de Charles, pero ya se consolaba con otro joven comensal.

Mary se divertía mucho y de vez en cuando hablaba con Julio de la conducta de su principal.

—¿Ha visto? ¡Tres mujeres! ¡Y está borracho! ¿Qué va a decir a su esposa?

—No te preocupes... Ya veremos que no se pierda del todo.

Charles seguía bebiendo...

De pronto su cabeza pareció vacilar y fué

deslizándose todo él rápidamente por la silla... Acababa de perder el conocimiento.

Entre risas le hicieron volver en sí, pero Charles, atontado por la embriaguez, veía las cosas dobles y le parecía que todo perdía la estabilidad.

—Pero ¡cómo está ese hombre! — dijo Mary—. Si se halla durmiendo.

—Lo mejor será que le metamos en uno de los cuartos.

Le condujeron a una habitación del primer piso...

Charles iba casi dormido, atormentado por un terrible dolor de cabeza y sufriendo continuos vahidos... El vino le había sentado muy mal...

Julio, Mary y otros concurrentes le llevaron a la cama y el joven inexperto quedó rápidamente dormido.

La borrachera se marcharía con el sueño.

Julio se echó a reír ante una idea que acababa de salir de su privilegiado talento.

Iba a ponerla en práctica.

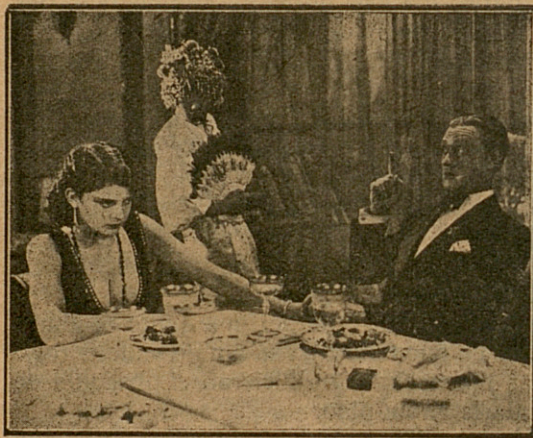
Vació un frasco de perfume junto al almohadón en que reposaba su amigo y luego rogó a las muchachas que hicieran el obsequio de ayudarle en su plan.

Una de ellas se quitó las medias, la otra el vestido, aquella unas enaguas...

Julio fué repartiendo estas prendas por la habitación...

Cuando, a la mañana siguiente, Charles despertase se encontraría con todos aquellos objetos comprometedores... y no le cabría la menor duda de que había faltado a su mujer...

Y con el miedo que tenía de ofenderla... se mesaría los cabellos... Y además, Julio podría echarle en cara que había traicionado a la esposa.



—¿Nos veremos después de la fiesta?

Porque de otro modo no era posible que Charles faltase a su fe conyugal.

Ahora, que durmiese... y al despertar sería la sorpresa...

* * *

Charles, excitado seguramente por el perfume vertido en las ropas, tuvo varios sueños amorosos... Soñó que besaba a la morenaza... a la de Hawai... a la japonesita...

Como bajo la influencia de un tóxico, su cerebro se pobló de imágenes voluptuosas.

Despertó muy avanzada la madrugada...

Al verse solo, comprendió que todo había sido un sueño... pero... de pronto, aspiró el tibio perfume de la cama... y descubrió, con asombro, que en el cuarto había sobre una silla unas medias de seda, y una falda... y ropa interior...

Levantóse prestamente, horrorizado...

Todavía su cerebro daba vueltas... Pero, ¿qué había ocurrido allí? Tocó aquellas prendas... Eran realidad, no ilusión de sus sentidos...

Entonces... el sueño, ¿era, pues, verdad?... ¡El había estado aquella noche con una mujer o con varias!

¡Qué locura acababa de cometer!

Y la idea de haber pecado, de haberle sido

infiel a su esposa, le produjo escalofríos.

Tuvo miedo de que se presentase su cómplice... la de Hawai... la japonesa... o la morenaza... o las tres a la vez, y enloquecido, furioso contra sí mismo, abandonó el club con sigilo de ladrón.

Amanecía... Iba por las calles desesperado, pensando en aquella traición, confundiendo en su cerebro las imágenes sensuales con la dulzura de su esposa.

¿Qué había hecho, desgraciado?

Se dirigió hacia su despacho. Dejose caer en el viejo sillón que tantas veces le había acogido amorosamente.

Se echó a llorar por su infame conducta...

No le cabía la menor duda de que la traición se había consumado. Era una triste realidad lo de aquella noche.

Por un momento pensó en matarse, pues no resistiría a la vergüenza de mirar los ojos puros de su mujer.

Después reflexionó... Era preciso vivir, disimular, lavar con nueva intensidad de amor y de cariño hacia la esposa, el pecado juvenil.

Y en estas luchas quedó dormido sobre la mesa, suspirando...

A las ocho en punto de la mañana, Mary entró en el despacho. Esta muchacha parecía

no haber perdido la noche, tan fresco y claro era su cutis. ¡Oh, secretos del tocador femenino!

Charles despertó y miró asustado a la secretaria.

—Buenos días, señor Davis — dijo ella, riendo—. Qué nohecita tan deliciosa, ¿verdad?

El se estremeció...

—No me hable de ella... y no hable a nadie, por Dios... Y mire, hoy haga fiesta... No trabajaríamos en nada. Estoy cansado...

—Como usted guste.

Charles dió también fiesta a toda la dependencia deseando estar solo en su despacho.

Allí permaneció largas horas luchando entre huir y presentarse a su mujer disimulando su falta.

Acabó por optar por esto último...

¿Sabría disimular? No había mentido nunca... y la mentira requiere su aprendizaje.

Al atardecer se dirigió a su casa.

Entró, temblando.

—¡Alice!—dijo ya en el recibimiento.

Nadie contestó y la voz alterada de Charles volvió a repetir:

—¡Alice!...

Tampoco en el comedor ella estaba.

Un doloroso presentimiento le emocionó...

¿Sabría algo su esposa y se habría fugado?

—¡Alice!—repitió ya con angustia.

Por fortuna Alice que estaba en su cuarto, apareció ante su marido.

—¡Hola, Charles!—dijo yendo hacia él.

—Temía... que... que te hubieses marchado.

—Cuando tú no estás, ya sabes que no me muevo de casa. Pero, ¡oh Charles! ¡Pareces estar muy fatigado del viaje!

—¡Sí, lo estoy!...

—¡Pobrecito! ¡Te habrá cansado tanto la conferencia!

—Es verdad...

—Me tildarás de cruel por querer sacarte a pasear esta noche, pero...

El la miró, temeroso. ¿Salir aquella noche? ¿Después de haber perdido la anterior? ¡Qué hondo suplicio!

—¿Por qué hemos de salir?

—¿Has olvidado que hoy es el aniversario de nuestra boda?

—¡Es verdad! ¡Dios santo! ¡Qué cabeza la mía!

—Quiero salir contigo esta noche. He logrado que nos reserven una mesa en el Club Exótico.

Ahora sí que se estremeció de pies a cabeza el buen Charles. Nada menos que el Club Exótico, es decir, el lugar donde le habían

ocurrido tan desagradables aventuras y que no quería visitar más.

—No podré salir... Tengo mucho dolor de cabeza—dijo excusándose.

—Esto se te pasará con aspirina... Anda, no me niegues la alegría de ir contigo en la noche de hoy.

—¡Bien, iremos!... Pero, ¿no podríamos ir a cualquier otra parte?... Tengo el presentimiento de que ese lugar no es muy recomendable.

—Es que... quisiera sentirme un poco "mala" por esta vez...

—Debes comprender...

—¡No... no!... También quiero hoy echar mi cana al aire... Además... te gustarán mucho las bailarinas.

Hubiera sido sospechoso insistir... y el pobre Charles tuvo que resignarse a pasar un doloroso suplicio en el famoso Club Exótico...

¿En cuántos compromisos se iba a encontrar?

* * *

Llegaron al Club...

El criado reconoció inmediatamente a Charles como al caballero de la noche anterior.

—¡Buenas noches, señor!... ¿Cómo está

usted esta noche?

—Bien... bien...—respondió, inquieto y mirando a todos los lados.

Fueron a sentarse a una de las mesas... Charles no las tenía todas consigo. ¡Si salía alguna de aquellas mujeres que él conquistó pocas horas antes!

Alice, ajena por completo al dolor de su marido, era feliz al encontrarse en aquel ambiente diferente del suyo.

De pronto irrumpieron en el salón las bai-



—No podré salir... Tengo mucho dolor de cabeza.

larinas de Hawai. Charles se estremeció y hubiera querido ocultar la cabeza en cualquier sitio por no ver la danzarina a la que invitara la noche antes.

Pero esta muchacha descubrió en sus bailes a la pareja y yendo hacia Charles comenzó a sonreírle y luego le puso en el cuello una guirnalda de flores.

El desgraciado temblaba mientras su mujer consideraba interesante aquel obsequio que creía sin asomo de malicia.

—Qué lindo, ¿verdad?—dijo Alice.

Para sacarse de encima a la de Hawai, Charles no tuvo más remedio que darle disimuladamente unos dólares con lo que la bailarina se alejó más que contenta.

Pero apenas Charles se hubo librado del susto, se le presentó una nueva complicación.

La japonesita de la otra noche apareció también bailando sus danzas típicas. Y al ver a Charles corrió hacia él comenzando a abanicarle y hacerle guiños y monadas que parecían invitar al beso.

Charles sufría lo indecible... Y esta vez, su mujer miró con cierto recelo a la japonesa. ¿Pues no se atrevía la... sinvergüenza... a besar a su marido?

¿Se había visto cosa igual?

Comprendiendo que se estaba fraguando una tempestad, Charles entregó unos billetes a la japonesita y ésta le dijo:

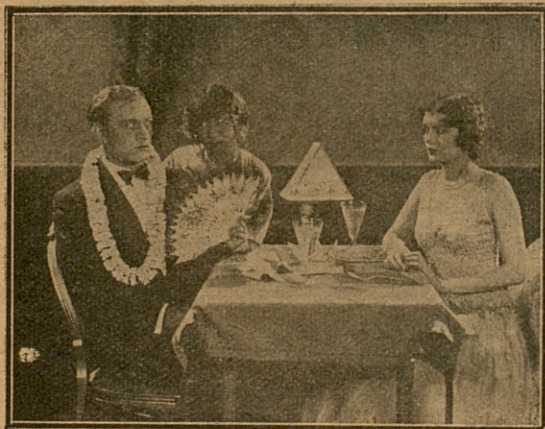
—¡Muchas gracias, amiguito!... Siempre eres generoso.

Y se alejó con vuelo de mariposa.

—Pero, ¿por qué le has dado dinero?— preguntó ella, disgustada.

—¡Oh! Es una antigua costumbre china.

—Pues esa chica parecía conocerte.



Charles sufría...

—No digas tonterías... Las mujeres me molestan.

—Sí... Ya lo estoy viendo, a fe...

Había llegado a la sala Julio con varios amigos entre ellos la morenaza que había sido una de las conquistas de Charles...

Se sentaron y pronto distinguieron a Charles en compañía de una mujer. ¡Cómo iba a pensar ninguno de ellos que fuera la esposa legítima!

Julio exclamó, riendo:

—Voy a divertirme un poco con la nueva aventura de Charles.

Y dirigiéndose hacia su amigo le saludó afectuosamente.

—¿Otra vez a las andadas, Don Juan?

—¿Qué diablos dices?

Alice se volvió pálida y en sus ojos brilló la luz del asombro.

—¿Y de dónde sacaste esta hemosura?— dijo Julio riendo y señalando a Alice.

—¡Esa señora es mi mujer!... Alice, te presento a mi amigo Julio...

—Su mujer, ¿eh? Eso dice Charles de todas... Tiene más mujeres que als que hacen falta para llenar una plaza de toros.

—¿Qué quiere usted decir?— preguntó Alice, espantada y con los ojos vedados por unas lágrimas dolorosas,

—¡Oh, no le hagas caso! ¡Este hombre está borracho, Alice! ¡Apenas le conozco! ¡Miente... miente!

—¿Cómo te atreves a negar lo que sabemos?—dijo Julio.

Para colmo de males, la morenaza desde su mesa con la copa espumeante de champaña, gritó:

—¡Charles... Charles... a tu salud!

—¿También esa mujer te conoce?... ¡Dios mío! ¿quién eres tú?... ¡Cómo me has estado engañando!—rugió la desdichada criatura.

Y se echó a llorar viendo de pronto roto un ídolo, viendo al hombre que amaba convertido en un asiduo concurrente de aquel cabaret de mal renombre.

—¡Hipócrita, farsante!

Charles, enfurecido, avanzó hacia la mesa que ocupaban la morena y sus amigos y comenzó a llenarlos de denuestos.

—¡Mala gente! ¡Han destruído ustedes mi hogar!

—Pero, ¿de veras es tu mujer... de veras?

—¿No lo he dicho a Julio? ¡Miserable! ¡Qué manera tan grande de comprometerme!

Julio se acercó a él... Estaba serio. Parecía que le sabía mal haber sido la causa de la desavenencia del matrimonio.

—Yo no podía saber...—dijo,

—Vosotros, tú especialmente, tenéis la culpa de todo. Si no hubiera atendido tu invitación, nada habría ocurrido.

—Pero... veamos... al fin y al cabo, ¿por qué te disgustas?... Si no ocurrió nada... nada.

—¿Y lo de anoche? ¿Y mi aventura? ¿Y mis infidelidades? ¡Ah, cuánto me arrepiento!

—Tu esposa, no debe pensar mal de ti, querido. Le eres tan fiel como desde el primer día de tu casamiento. Cuando caíste anoche desvanecido, ideamos una broma... pusimos las ropas de las muchachas en tu cuarto... para que tú pensaras lo peor... Pero nada pasó... Estuviste solo... y dormiste tu borrachera tranquilamente.

—¿Es cierto eso?—contestó Charles viendo ya el cielo abierto de la esperanza—. Entonces, no fué más que un sueño...

—¡Claro es!

—¡Ven, Julio!... Es preciso que le digas a mi mujer lo que ocurrió realmente, que la convenzas de que ninguna de esas mujeres que me han saludado ha tenido nada que ver conmigo. Te lo pido por favor.

—¡Pues no faltaba más!... Vayamos...

—¡De qué compromiso me salvas!

Y Julio se dirigió a explicar a Alice lo realmente sucedido aquella noche... Y le dió palabra de honor de que nada había pasado que

pudiera ser causa de celos.

Unicamente una pequeña salida del hogar... quizá un poco de deseo de divertirse... Hay que ser joven, señora... Su marido vivía un ambiente triste y de vejez... y era preciso reaccionar un poco...

—¿Me crees, Alice?—suplicó Charles—. Fué un instante de locura... pero ya se acabó para siempre... Yo te prometo no ir a buscar jamás solo, fuera de ti, la alegría... La probé una vez... y ya ves el disgusto que me causa. ¿Podré obtener tu perdón, mujercita?

¿Qué iba a hacer ella sino perdonar?...

Y tendió su mano a Charles diciéndole:

—Sí, querido!... Te perdono... pero en lo sucesivo nos divertiremos los dos.

—Eso es lo que quiero...

Y volvieron a sentarse, libres ya de todo recelo, sin sombras que amargaran su cariño...

Y encontraban en el dolor sufrido un sabor agrio dulce, nuevo y apetitoso, a su felicidad...

* * *

El resto de la velada transcurrió alegremente... Nuevas atracciones, luces... danzas...

Julio volvió a su mesa en la que había a lo menos veinte personas, caballeros respetables todos ellos, acompañados de su parejita femenina.

De pronto entró un camarero y mirando a los comensales, les dijo:

—¡Ahí fuera está una señora buscando a su marido!

—¿Una señora?

Y en el acto todos los caballeros, menos Julio, se levantaron, pálidos y asustados ante la posible idea de ver aparecer a su media costilla. Y ellos que decían a sus mujeres que iban al círculo...

Julio se echó a reír alegremente al observar la fuga de los maridos. ¡Pobre gente!

—¡Esa es una de las ventajas de ser soltero!... ¡A mí no puede pasarme nada!

Y él continuó la velada en compañía de las bellas mujeres...

Pero como los casados habían salido por otra puerta ante el anuncio de una posible escena conyugal, el camarero presentó a Julio la cuentecilla de la cena.

Y leyó sorprendido:

"CLUB EXOTICO

Cocktails.

Entrées.

Filetes.

etc.

280 dólares."

¡Qué remedio! ¡Había que pagar por todos! Y en aquel instante maldijo de las ventajas de la soltería... y deseó haber estado casado aunque le persiguiera la mujer.

Y mientras tanto, muy juntitos en su mesa, Alice y Charles parecían volver a vivir su luna de miel.

Aparecieron nuevas bailarinas, nuevas atracciones.

—Esto es precioso—dijo Alice—. Tenemos que venir con frecuencia.

—Sí, tienes razón, amor mío... Debemos venir... Pero unidos, como ahora... No hay que desaprovechar el tiempo... No se es joven sino una vez...

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA

Sociedad General Española de Librería

Barbará, 16 BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1 duplic.-MADRID

Con motivo de su estreno, con carácter de
acontecimiento sensacional, en Madrid, las
selectas

EDICIONES ESPECIALES

de

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

se honran publicando el insuperable asunto:

Los Cuatro Diablos

dirigido por el gran MURNAU (director de
AMANECER) e interpretado por

Janet Gainor, Nancy Drexel,
Barry Norton, Charles Morton,
Farrell MacDonald

¡Lo más grande en cinematografía
y en novela!

[B.]

